

vincias; y nos hizo decir que los escogiésemos. La casa que en verdad hubiera sido necesaria, era la del Jesús Nuevo con su iglesia, y serviría de casa profesa. La otra muy ventajosa sería la *Nunciatella* para noviciado; pues en este momento no hay otra más adaptada á este destino: pero por estar ocupada por otros, no hemos hablado palabra de ella.»

«No obstante hemos reflexionado que en los dos sitios de Nápoles más poblados de gente del pueblo, se hallan dos colegios, que eran de los jesuitas: San José en Chiaia, y San Ignacio, que ahora se llama el *Carminiello*; y todos están ocupados; el primero, por un centenar de muchachos, y les sirve de escuela de náutica; el segundo se ha convertido en conservatorio de unas ciento veinte mujeres, que elaboran la seda. Propusimos al delegado cómo eran estos los dos sitios más á propósito para hacer un bien inmenso, porque estaban muy poblados y de gente del pueblo; que de los muchachos nos podíamos encargar nosotros, pero no de las mujeres; que no obstante, dejando el conservatorio donde estaba el colegio, podriase hacer con paredes una separacion, y dejar para nosotros unos cuantos aposentos, pues estos bastarían, y podríamos cultivar el pueblo: y lo mismo se podía hacer en San José, quedándose allí los asilados, ó separados con una pared, ó bien unidos con nosotros, si S. M. los prefería dejar á nuestro cuidado. Esto se dijo: y se ejecutó cuanto propusieron los jesuitas.»

«Salimos luégo, llevados en tres coches, el delegado con un abogado, un arquitecto, un contador, y un ingeniero, todos empleados en la corte, á visitar aquella mañana misma la casa de San Ignacio, por urgir las órdenes del Rey de no perder un instante de tiempo; y la hallamos en aptitud de poderse hacer la mencionada separacion. Llegados ya al arrabal del *Carminiello*, al advertir la gente que allí íbamos dos jesuitas, las casas y las tiendas quedaron en seguida desiertas, y atestadas de gente las ventanas; y no nos podíamos apear, porque unos nos cogían las manos, otros se asían de nuestros vestidos, estos nos tomaban los pies, aquellos las piernas ó los brazos para besarlos.»

«Allí fue el comenzar los vivas. «¡Viva,» decían, «el Rey, viva la Reina, viva el Papa, vivan todos los jesuitas!» Los llantos y clamores de puro consuelo enternecían mucho más de lo que uno puede figurarse. Nosotros no podíamos contener las lágrimas, ni menos el delegado regio y los otros ministros de la corte; y esto mismo hacía que crecieran sin medida los llantos y los vítores de aquella pobre gente. Por fin logramos entrar; y fue necesario cerrar y trancar la puerta para contener al pueblo. Cerca de dos horas y media permanecemos dentro; pero al salir se halló cuadruplicado el número de la gente, y se renovó el clamoreo con mayor entusiasmo que al entrar.....»

«Lo que á mí, como romano que soy, más me impresionaba, era oír á nuestra llegada y salida de *Carminiello* los estrepitosos vivas al Papa, que jamás se habían oído en Nápoles. «Viva, viva, viva el Papa. Viva Pío VII. Viva el Papa *Calamonti*,» como ellos decían en vez de *Chiaramonti*.»

«Otro día fuimos á ver el colegio de San José. Entretanto el Rey, no se sabe cómo, sin que nadie, y mucho menos nosotros, le hubiésemos hablado palabra de ello, expidió de su propia espontánea voluntad un decreto, en el cual ordenaba á los Padres Franciscanos reformados, que desocupasen la casa é iglesia del Jesús Nuevo para los jesuitas, trasladándose ellos á San Pedro *ad Aram*: de lo cual se alegró en gran manera todo aquel vecindario no menos que toda la ciudad.»

«En cuanto á las casas y colegios de provincias, como no sabemos en qué estado se hallan en la actualidad, ni por de pronto tenemos personal á propósito para llenarlos, hemos diferido la respuesta para otro tiempo.»

Hasta aquí el P. Budardi. Llegado el día 15 de Agosto, se abrió la iglesia del colegio máximo al culto público con asistencia del monarca: los Padres, vestidos con la sotana de la Compañía, se presentaron á vista del pueblo, que rebosaba de júbilo y se deshacía en lágrimas de gozo y devoción ante aquel espectáculo tan consolador. La citada correspondencia de Nápoles, publicada en el «Diario de los debates,» refería aquel acto en los términos siguientes:

«El colegio que tenían ántes en Nápoles los jesuítas, se abrió el día de la Asuncion, y se hallan ya en posesion de él. El Rey quiso asistir en persona á la apertura de la iglesia, que ha tenido lugar aquel mismo día, y en la cual, segun él mismo ha confesado, no había tenido valor de entrar ni una vez siquiera después de la supresion de esta Compañía. Su Majestad ha dotado este colegio con una renta anual de 40.000 ducados. La Reina ha pagado tambien de sus propias rentas los muebles necesarios para el colegio, y se propone multiplicar todavía sus dádivas. Muchas ciudades y pueblos tienen tambien casas y rentas para la fundacion de nuevos colegios; y de todas partes los particulares les ofrecen muebles y dinero. Y lo más notable es el afan con que multitud de fieles se presentan á pedir la sotana.»

Y continúa diciendo: «Los nuevos Jesuítas son lo que eran los antiguos. Además de llevar el mismo nombre, el hábito mismo y la propia regla, los modernos van á ser formados por los antiguos que quedan todavía, por estos restos de Israel, que la Providencia parece haber conservado para que fuesen los depositarios del fuego sagrado y de las verdaderas tradiciones ó principios del Instituto. De suerte que no habiéndose interrumpido esta admirable cadena desde San Ignacio, puede decirse, que los nuevos Jesuítas son verdaderamente los sucesores de los antiguos, y que la Orden, sin ser tan extensa, no por eso carece de la misma perfeccion; identidad, que es tan preciosa como honrosa, que es á la par la garantía de su duracion, y el dique más poderoso para contener las pérfidias reformas que pudiesen meditar ciertos espíritus sistemáticos, la respuesta más decisiva á los asertos de sus enemigos, y el más noble triunfo que haya podido alcanzar contra los que injustamente provocaron su extincion.»

«Al restablecer la Compañía de Jesús sobre sus antiguas bases, y al derogar de hecho el breve de Clemente XIV, su virtuoso sucesor no pone en ninguna manera á la Santa Sede en contradiccion consigo misma. La necesidad hizo que se diese el breve de destruccion; la necesidad es asimismo la que hace que se promulgue el breve de restauracion: con la diferencia empero,

que la primera necesidad era hija del temor y de la violencia en que algunos hombres poderosos tenían á aquel desgraciado Pontífice, al cual obligaron á dispersar de una sola plumada á veinte mil operarios infatigables, que iban predicando y enseñando por las cuatro partes del mundo; y la necesidad del día es hija del tiempo y de la experiencia, que nos amaestra sobre las desgracias que han venido en pos de aquella época fatal, y sobre la necesidad de repararlas.»

«Esta necesidad, no lo dudamos, se hará sentir en los Estados católicos á medida que irán debilitándose los odios y las preveniciones, que el espíritu de partido se extinguirá en las desgracias comunes, que los soberanos abrirán los ojos sobre sus verdaderos intereses, que la impiedad se manifestará con nuevos excesos, y que el progreso de las costumbres depravadas convencerá á los espíritus más obcecados de esta verdad de Bacon, á saber: «que para educar á la juventud, no hay cosa mejor que las escuelas de los Jesuítas.»

Elocuente testimonio es este del espíritu que animaba á los miembros de la Compañía; y más aún lo demuestra el hecho que voy á referir. En número de 168 eran los ex-jesuítas esparcidos por las Dos Sicilias, de los cuales los más pasaban de sesenta años. Á la carta circular que en Abril el P. Angiolini les dirigió preguntándoles si estaban prontos á volver á la Compañía, solos tres, en vista de su avanzada edad y de sus achaques, dejaron de decidirse á responder á su llamamiento.

Tres días después de tomada posesion de la iglesia del colegio máximo, escribía el P. Angiolini la carta que aquí traslado. «Estoy,» dice, «fuera de mí de gozo al ver cómo el Señor prospera y bendice estos primeros pasos dados para el restablecimiento de la Compañía en estos reinos. El empeño de nuestros dos amabilísimos Soberanos crece cada día más, á medida que crecen los obstáculos, que naturalmente se atraviesan á la apertura de casas y colegios. El colegio máximo, mole vastísima, ocupada por diez departamentos, ó sea dependencias ú oficinas, y por la universidad de estudios, va á desocuparse con gran pron-

titud en consecuencia de la decidida voluntad del Rey significada en sus reales despachos. Quéjense las muchas familias que habitaban allí; pero se les procura proporcionar habitacion de balde en otros sitios.»

«El seminario de nobles, vastísimo tambien, pero arruinado en los años anteriores, volverá á su antigua grandeza: y fortísimos son los empeños de la primera nobleza que hacen con anticipacion para poner en él á sus hijos. Al entregar el Rey á la Compañía todos los bienes que nos pertenecieron y subsisten aún, juntamente con sus cargas, hízome saber por medio del delegado que podía tomar aquí en Nápoles y en el reino todos aquellos colegios y establecimientos que tuviera por conveniente. Así es que habiendo tenido nosotros en esta capital, á más de la casa profesa y el colegio máximo y el de nobles, otros dos importantísimos colegios en los dos extremos de la ciudad, el uno en *Chiaia* y el otro en el Mercado, llamado el *Carminiello*, ambos para la gente pobre, donde con escuelas y congregaciones se hacía gran bien y provecho; al punto los he ido á visitar uno y otro con el Señor delegado para ver si haciendo algun gasto estarán habitables.»

«Al aparecer en aquel sitio, es indecible el concurso de aquellos *lazzaroni* (*descamisados*) y sencillos pescadores, que se me agruparon en derredor con ansia de verme y besarme manos y sotana. Me presentaban llorando á sus tiernos hijos, los cuales, como si me hubieran conocido siempre, me llamaban su padre; y los ancianos y ancianas, que habían conocido en efecto y oído en aquellos colegios á nuestros Padres, ¡qué bendiciones daban al cielo! «Viva,» decían, «nuestro rey, viva la reina, viva el Padre Santo, que nos han restituido á nuestros Padres. ¿Cuándo vendréis acá, Padres benditos?» Un corazon de piedra seria preciso tener para atajar las lágrimas presenciando estos desahogos de júbilo y de sincerísimo afecto. El señor delegado y algunos otros que me acompañaban, estaban aturdidos y atónitos al ver aquello; y «he aquí,» decían, «lo que eran los Jesuítas.» Bien presto la noticia de lo sucedido corrió por la ciudad con gran contenta-

miento de todos, pero señaladamente de los Soberanos, cuyo único anhelo es procurar el mayor bien de sus súbditos.»

«Bien puede V. R. conocer lo muy ocupado que me hallaré en estos momentos. No descanso ni de día ni de noche; estoy sitiado á toda hora de visitas de personajes, de recomendaciones, etc.; pero principalmente me ocupa la eleccion de los que con grandes y reiteradas instancias piden ser admitidos en la Compañía, y son párrocos, sacerdotes, clérigos, jóvenes de todas clases: de forma que en menos de doce días ascienden á ciento cincuenta los postulantes solo en Nápoles. No ya que todos se puedan ó deban admitir; pero dígolo para demostrar el ardor con que se dan muestras de aficion á la Compañía.....»

«Y no es aquí en Nápoles solamente donde resalta esta decision por nosotros, sino que es igual en todo el reino. ¡Cuántas súplicas de ciudades enteras llegan á mis manos para que abra sus antiguos colegios! ¡Cuántos empeños hacen por abrirlos de planta los que ántes no los tenían! Y estas súplicas se han presentado á S. M., el cual me deja toda la libertad para que haga y deshaga cuanto, segun nuestro Instituto, juzgare conveniente. = Nápoles 18 de Agosto de 1804 = CAYETANO ANGIOLINI, S. J.

Hasta aquí el P. Angiolini: en cuya carta se ve pintada la efervescencia universal de todo el reino, y su entusiasmo por los que llamaban sus padres; pues como á verdaderamente tales los reconocía el pueblo napolitano. Gentes de todas clases se agrupaban é iban tras ellos ansiosas de verlos y hablarlos; y no se oían en toda la ciudad sino voces de bendicion y gratitud á los monarcas, por haber dado cima á obra tan deseada. Los Superiores de las religiones fueron en persona ó mandaron comisiones á congratularse con los Padres, manifestándoles los más vivos sentimientos de amor y de afecto por tan señalado beneficio como les dispensaba la Providencia.

El único que en medio de tan entusiasta ovacion manifestaba, á pesar suyo, la pena escondida en el secreto de su alma, era el P. Pignatelli. La inminente disolucion de la Próvincia de Parma le había dado esperanzas de verse libre del cargo de Pro-

vincial y de poder ocuparse como simple particular en los ministerios con los prójimos, á los cuales tan inmenso campo se acababa de abrir. Pero una patente del P. Grüber, en que «poco después del Breve de Pío VII¹» le nombraba Superior de la nueva Provincia de Nápoles, desvaneció en un momento sus risueñas esperanzas.

¹ *Process. Rom.*, fol. 1179.

CAPÍTULO II

Santa vida del P. Pignatelli en el palacio de su hermana. — Alármase la corte de Madrid por la reposición de la Compañía en Nápoles. — Temores de los jesuítas. — Pasan al Jesús Viejo los PP. Angiolini y Pignatelli. — Medidas de la corte de España contra los jesuítas españoles de Nápoles. — Intrepidez del Siervo de Dios. — Carta del P. Mozzi. — El P. Angiolini en Roma. — El P. Panizzoni en Nápoles. — Ruidosa misión en la iglesia del Jesús Viejo y en otros templos. — Celo del P. José en oír confesiones. — La fiesta de San Francisco Javier. — Triduo de preparación. — Solemne instalación de los Padres en el Jesús Viejo el día de la fiesta con asistencia de Sus Majestades. — Cuidado que pone el Siervo de Dios en la edificación del pueblo. — Restauración de los estudios. — Concurso extraordinario. — Una curiosidad de la reina Carolina. — Enríquese la biblioteca.

1804 — 1805

El 9 de Setiembre dejó el P. José definitivamente el palacio de su hermana la condesa de la Acerra para vivir en compañía de sus hermanos. Santiago Caetani, capitán de fragata retirado, hermano del duque de Laurenzano, que había conocido al Venerable por mediación del general D. Francisco Pignatelli, en el proceso de Nápoles (fol. 689) habla extensamente de la mucha edificación que dio á todos el P. José durante los cuatro meses que residió en el palacio.

Ángela Pinto, antigua camarera de la señora condesa, her-